Cinegrafías: A medio camino (Nantu Mantilla, 2018) y Rosita (Ileana Matamoros, 2018)

Coordinación: Libertad Gills Autores: Nataly Sandoya y Ernesto León Universidad de las Artes Guayaquil, Ecuador

Introducción

Libertad Gills

119

En *Cine, modo de empleo*, una suerte de diccionario del cine, los teóricos Jean-Louis Comolli y Vincent Sorrel escriben sobre la relevancia de la escritura expresada en el nombre original del cine. *Cinematograph*: nombre compuesto por *Cine*, de movimiento, en referencia, según los autores, al reino de la atracción y del espectáculo; y *graph* por la escritura o el registro, una "huella sobre un soporte". Para Comolli y Sorrel es significativo que con el tiempo el cine ha perdido el vocablo "grafo"; primero en inglés, luego en francés y español. Ya no lo llamamos "cinematógrafo", ahora es simplemente "cine". A través de la amnesia del lenguaje, solo recordamos el carácter espectacular y olvidamos la escritura.

En la materia de Crítica Cinematográfica en la Universidad de las Artes, curso que dimos por primera vez en abril de 2018, rescatamos la "grafía" del cine. Intentamos buscar "esa huella que pretende durar más allá del tiempo que le acordaría una mirada" (Comolli y Sorrel: 105).

Iremos compartiendo, en el espacio de esta revista, algunos textos escritos por los alumnos de dicha materia. En el presente número, Nataly Sandoya y Ernesto León escriben sobre *A medio camino* de Nantu Mantilla

y Rosita de Ileana Matamoros. Ambos films, realizados por alumnas de la Escuela de Cine, tuvieron su estreno en el EDOC Festival Internacional de Cine Documental "Encuentros del Otro Cine" en Quito y Guayaquil en mayo de 2018. En este caso, la escritura no es solamente una huella sino también un diálogo entre pares, entre contemporáneos: dos películas realizadas por alumnas de la Escuela de Cine, posteriormente contempladas por sus compañeros a través del generoso gesto de la escritura.

Referencia bibliográfica

Comolli, Jean-Louis y Vincent Sorrel. *Cine, modo de empleo: De lo fotoquímico a lo digital.*Buenos Aires: Manantial, 2016.

El Brinco

Nataly Sandoya

120

A medio camino (Nantu Mantilla, 2018) es un retrato del (inevitable) surgimiento de un modo de vida en particular, común en la frontera entre Ecuador y Colombia: el micro contrabando, paso por encomienda de elementos recién comprados de un extremo al otro del río Carchi; práctica que atraviesa la vida cotidiana de muchos barrios locales... entre ellos, El Brinco.

Asistimos en silencio, sobrecogidos, a la partida (de prisa) de un jinete y su caballo a través de las tinieblas lodosas de la noche, de los riscos, del páramo y su inmensidad. Los habitantes de esta zona lo saben. Misteriosos viajeros, vueltos voz, nos comparten pequeñas partes de sus vidas como "cacharreros" mientras se pierden —tal como pasaría en el desarrollo de su oficio— entre la niebla, entre las montañas, entre las imágenes de una región increíblemente bella e increíblemente difícil.

El olvido de las autoridades de "cada mitad" de esta región se mezcla (y parece finalmente conveniente) con la timidez y el miedo de las voces que se exponen en sus relatos de tristes encontrones con la policía, animales de carga muertos en accidentes en el camino, y compañeros a los que el río ha

tragado y escupido a la postre... muertos. Este es, pues, el gran brinco, el gran salto entre las mitades de una misma región que vez tras vez se da, sin esperar más que la recompensa de salir vivos, y la paga en dólares. El tejido de El Pasto ha resuelto mantenerse unido... al menos de esta manera.

¿A qué precio? A precio de sangre.

Y el caballo, la mula, las gentes... Siguen andando, invisibles, vibrando, apareciendo y desapareciendo entre secuencias de imágenes cada vez más contrapuntales, imágenes que se han vuelto un camino paralelo hacia la vida en el campo y en el barrio.

Al final, una pequeña banda de pueblo toca para nosotros entre las colinas. El tiempo pasa, el sol se asoma por fin, y termina de dar vida a este conjunto de vistas hermosas entre las cuales se ocultan aquellos que parecen haberlas recorrido a todas ellas con sus "pequeñas carguitas"... El sol se asoma por fin, y sentimos el calor que enrojece las mejillas de las gentes, de los "cacharreros" a las que pertenecen estas cuatro voces que han narrado el encuentro entre la naturaleza, los habitantes de El Pasto, la vida y la muerte.

Fascinación a través de la evocación: *Rosita* (Ileana Matamoros, 2018)

Ernesto León

¿Se puede llegar a conocer a alguien que vivió y murió hace mucho tiempo a través de quienes la amaron y la perdieron? ¿Es posible obtener una perspectiva objetiva de dicha persona, más aun sabiendo que la persona en cuestión falleció bajo circunstancias trágicas? ¿Qué tanto se puede descubrir sobre la personalidad de una joven que murió cuando aún le faltaba mucho para descubrirse a sí misma? Estas son las inquietudes que plantea *Rosita*, filme de Ileana Matamoros quien nos presenta a su tía Rosita Calderón, la cual falleció en 1962 víctima del cáncer a la prematura edad de dieciocho años y a la cual jamás llegó a conocer.

Matamoros, a través de entrevistas a familiares, allegados y pasados pretendientes, procura darnos un atisbo de la persona que en vida fuera su tía. Graduada con honores en el bachillerato, es descrita por todos los entrevistados como una chica feliz, amable, sonriente, de buen comportamiento...

121

perfecta. Todas estas características podrían hacer parecer al protagonista del cortometraje como alguien unidimensional del que no valdría la pena tener una conversación que dure más de un par de minutos. Pero la verdadera protagonista de *Rosita* es en realidad Matamoros, quien le da a conocer al espectador la fascinación que ha sentido toda su vida por este personaje ausente provectando sus inquietudes sobre quién era en realidad, tras escuchar los relatos algo contradictorios provenientes de las personas que la conocieron bien. Entre elogios de unos y lágrimas de otros, resulta difícil discernir si es posible obtener un retrato confiable de quién fue Rosita Calderón. Mas en ningún momento esto parece ser una verdadera preocupación para Matamoros, pues a través de su búsqueda en medio de fotografías, película de 8mm y entrevistas, lo que en realidad pretende transmitir al espectador es su propia fascinación por Rosita. Todos en algún momento de la vida hemos sentido curiosidad por alguien a quien nunca conocimos ya sea este un familiar o algún personaje histórico, y es esa curiosidad y el afán de la realizadora por tratar de conseguir una noción certera sobre quién era su tía lo que logra que el espectador se sienta emocionalmente enganchado con la historia.

Al final, el filme no trata sobre si la descripción que recibimos de Rosita Calderón es exacta o si es meramente una apreciación subjetiva de quienes la amaron, sino más bien sobre el efecto que el poder de la evocación puede tener en la vida de una persona. La evocación de la memoria de su tía ha provocado en la directora una fascinación que la ha impulsado a crear, permitiéndole alcanzar en el proceso una catarsis artística. Es este poder de evocación lo que le brinda a Rosita su atractivo, pues Matamoros logra que por veinte minutos su tía sea tan fascinante para nosotros como lo es para ella.

122